

DESPLAZADOS A PANAMÁ LA ÚLTIMA FRONTERA

POR: FERNANDO IRIARTE M.

Américo estaba en Zapzurro, en la frontera chocoana con Panamá en el mar Caribe, a la espera de que apareciera la panguita de los pescadores que lo podrían llevar hasta el puerto de Colón. Era un negro todavía joven, de casi dos metros de estatura, fuerte y sano, pero con la marca de la desgracia de la mirada.

Yo estaba en el mismo lugar, pendiente de que ocurriera lo que me habían anunciado dos semanas atrás: el arribo del "comandante" Antuco, ex guerrillero del Ejército de Liberación Nacional (ELN), ahora jefe de una bandola dedicada a la extorsión pero que conocía el mecanismo de las rutas ilegales del mercado secundario de armas, las que se desgranaban al menudeo desde la frontera salvadoreña y nicaragüense y alcanzan el suelo colombiano como virus indetectables y mortales.



Américo quería irse, había perdido a toda su familia y hasta las ganas de forcejear en la vida. Yo perseguía un reportaje sobre un nuevo aspecto de la problemática de la guerra en un territorio que ha estado en la mira de las potencias desde el siglo antepasado: la angosta franja terrestre que separa el océano Pacífico del Atlántico y que puede permitir la construcción de un segundo canal interoceánico. Entre otras motivaciones: en 2003 se cumplen cien años de la separación de Panamá que fue uno de los departamentos integrantes de Colombia.

El hombre regresó de la playa, donde permaneció horas esperando ver en el horizonte el barquichuelo que todos sabían que salió de algún punto del golfo de Morrosquillo, atravesaba el golfo de Urabá y seguía costeando hasta la ciudad de Colón. A la sombra de tristeza en sus ojos empezaba a sumarse el desespero.

Por primera vez se acercó al sitio que yo ocupaba en una pequeña tienda para turistas, ahora casi desolada. Decidí obtener de él, si lo permitía, algún tipo de información de contexto. Se puso a hablar conmigo porque le proporcionaba consuelo la docena de cervezas enlatadas que saqué del morral.

AMÉRICO: Ahora vengo de una parte del río Pavaradó que llaman la "Ilusión". En el 2000 hubo un problema entre los "paras" y la guerrilla. Nos quemaron los sembrados, las matas de plátanos, las casas, y nos amenazaron. Nos tuvimos que salir de ahí como trescientas personas. Huyendo, fuimos a dar a Quibdó, pero allá hay muchos líos, muchos problemas. Aunque no nos separamos, todos somos parientes y si uno se pierde después es peor. La diócesis de Quidó nos colaboró y también una organización de la Iglesia Católica de los Estados Unidos. Un poquito nos colaboró la HACIA y unas ONGs de Europa.

CRONISTA: ¿Los ayudó?

- Nos convencieron y nos ayudaron para regresar al Pavaradó. Allá nos instalamos otra vez y empezamos a organizar una comunidad de paz, neutrales. Ni con los unos ni con los otros. Nos prestaron para semillas, proyectos productivos, y nos dictaron cursos sobre derechos humanos y lo que llaman derecho humanitario, que son las normas para los actores de la guerra, como dicen. Pero entonces nos volvieron a bloquear.

- ¿Quiénes?

- Los armados, y nosotros desarmados. A mí me acosaron más.

- ¿Por qué?

- Querían que ingresara a los paramilitares y los guerrillos también, para su lado. Pero yo tengo, mejor dicho tenía, una familia, mujer y tres hijos. También estaba mi mamá, muy vieja, aunque vivía en su casita. Nos bloquearon, no dejaban pasar nada, lo que necesitábamos. Las ONGs nos llevaron algo, pero ni se podía comer. Todo en latas y en galletas, comida de

pájaros.

- ¿Cómo escapó de ahí?

- Uno no aguanta siempre, eso es mentira. Llegó el momento en que se me enfermó el hijo grandecito, el que me ayudaba. Entonces les dije que nos volveríamos a salir, nosotros primero. Llegamos al Atrato en la canoa, pero no pudimos pasar un puesto del Ejército siendo que habían dicho que antes habían pasado las lanchas de los "paras". A nosotros no nos dejaron, nos dispararon. La canoa se volteó y se ahogaron mi mujer y mis hijos. Yo salí más abajo, muy desilusionado, en derrota. Hasta mi vieja debe haberse muerto.

- ¿Por qué lo dice?

- Le vi cara de quererse morir cuando supo que nos teníamos que volver a ir. Se quiso quedar, me volteó la cara para que no viera que estaba llorando. Ella quería morir en su casa y no en una cancha deportiva con desplazados en Quibdó.



- ¿Cómo llegó aquí?

- Por el Atrato, con otro grupo, familiares de los que mataron en Bojayá. Después me vine para acá. Voy para Colón, allá hay un primo desde hace tres años, que trabaja en el puerto.

- ¿A quién está esperando?

- Unos pescadores o contrabandista, no sé bien. Lo que sí sé es que llevan gente hasta Panamá. No cobran mucho, me quedan por ahí unos pesitos...

Américo no tenía aspecto de aventurero, no era tampoco un hombre de mar, solo un campesino de monte adentro, descendiente de esclavos africanos, la mayoría de los cuales obtuvo su libertad comprándola. Otros, también de la gran cuenca del río Atrato, el más caudaloso de Colombia, provienen de negros cimarrones que escaparon de sus amos en el siglo XVII. En la actualidad comparten territorios con las etnias indígenas de la zona, especialmente los emberá waunana. Igual que los aborígenes, han conseguido títulos de sus tierras ancestrales, títulos colectivos como en el caso de los resguardos. La organización que los agrupa en el Chocó es precisamente la ACIA.

Zapzurro es un pequeño poblado que no hace mucho fue un destino de turismo ecológico, al cual acudían los visitantes extranjeros. Su singularidad proviene no solamente de ser un paso fronterizo sino de estar en el Darién, una de las zonas de la tierra donde más llueve durante el año, hay una biodiversidad realmente asombrosa entre pantanos prehistóricos y donde el imperio norteamericano piensa abrir, así necesite utilizar bombas atómicas, un nuevo canal mucho más grande que el de Panamá.

No seguí haciéndole preguntas a Américo y él se quedó callado. Terminamos las cervezas y después se fue al lugar donde le daba posada. Yo me quedé un rato más frente a la playa, escuchando mi radio de pilas de onda corta. Confieso que me hastiaron las noticias, a pesar de que son el fundamento de mi oficio: secuestro colectivo en un pueblo del departamento del Magdalena, organización de redes de informantes en el Cesar, masacres en Arauca, quiebra de una cooperativa que dejó en la miseria a cinco mil afiliados, el Presidente declara que la firma del ALCA sería la solución de los problemas nacionales, dos mil marines en una base militar en Iquitos.